

su pequeño óvalo dorado, la miniatura de su hermano muerto parecía iluminarse también con un rayo de gloria tardía.



GENTE DEL TEATRO

LA DÉJAZET

Quando vi á la Déjazet en escena hace ya mucho tiempo, estaba más próxima á los setenta años que á los sesenta; y, á pesar de todo su arte, de todo su encanto, la estrecha falda de satén que envolvía su delicada silueta, los polvos que llevaba en la cabeza, aumentaban la verdadera frialdad de la edad; las cintas y lazos de su traje flotaban tristemente; y todos sus gestos, estudiados para que pa-

recieran vivarachos, ligeros, no hacían más que delatar mejor la anquilosis de los años y la sangre enfriada.

Una noche, sin embargo, la actriz se me apareció encantadora. No estábamos

en el teatro, sino en casa de Villemessant

en Seine-Port.

Tomábamos el

café en el salón;

las ventanas caían á un

parque magnífico;

hacía una

noche clarísima

de estío.

Depronto, á la

luz de la luna,

surgió una sombra blanca,

y una voz endeble pre-

guntó: «¿Se me quiere recibir?» Era la

señorita Déjazet. Iba como vecina, por-

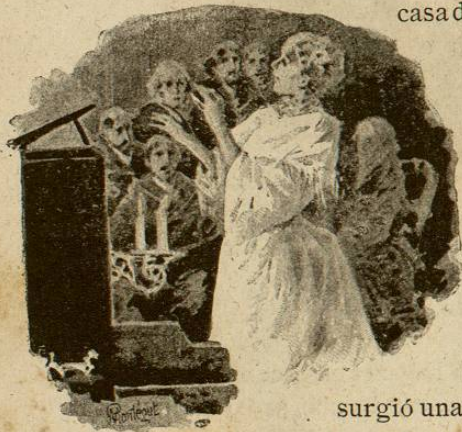
que su casita de campo estaba allí al

lado, á pasar la velada con nosotros.

Acogida con mucho cariño, se sentó

con aire reservado y casi tímido. Le pi-

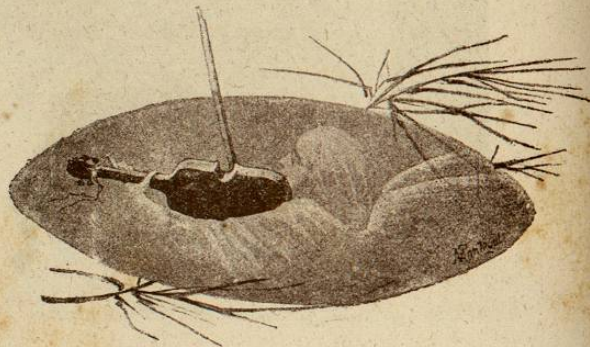
dieron que recitase algo. El cantante



Faure se puso al piano para acompañarla; pero el instrumento le estorbaba. Las más dulces y suaves notas, mezcladas á su voz, nos hubieran privado de oír. Cantó, pues, sin acompañamiento; y de pie, en medio del salón, envuelta en un vestidito de muselina blanca que parecía llevarla á la vaga edad de los niños ó de las abuelas, comenzó á cantar con voz muy menuda, bien timbrada y muy clara, que sonaba como misterioso violín en el silencio del parque y de la noche:

Hijos, yo soy Lisette...

Y así es como la veo siempre que pienso en ella.



LESUEUR

Muchas cosas habían faltado á Lesueur para adquirir de un golpe la autoridad de un grande actor. Su voz era sorda, velada, de timbre desagradable, que se rasgaba á los esfuerzos de sonoridad. La falta de memoria lo atormentaba también y le hacía acudir á cada momento á la concha del apuntador. Finalmente, endeble, flaco, pequeño, carecía de ese

garbo que en los momentos patéticos domina y llena la escena.

Lesueur triunfaba de todos esos defectos, pero justificaba la teoría de Régnier, según la cual el actor está obligado á luchar con ciertos obstáculos físicos. Las delicadezas con que tropezaba su voz se encontraban en sus ojos expresivos, en los detalles de su mímica; y si alguna parte del papel se le olvidaba, en cambio jamás había descuidos en su manera de trabajar, porque estaba siempre en situación y porque sabía lo que ignoran muchos actores: el arte de escuchar. Cuanto á la estatura, ¿cómo lograba suplirla? Lo que sí es verdad es que en algunas obras, como en *Don Quijote*, por ejemplo, parecía muy alto y llenaba el teatro con la majestad de sus ademanes. Teniendo en cuenta la proporción, había en él mucho de Frederick; aquella misma facilidad para vestir todos los trajes de la comedia humana, así la blusa del obrero como la púrpura burlesca de un rey de fantasía, como el frac de etiqueta, con tan extraordinaria elegancia y distinción.

Ambos tenían de común también una fantasía que daba á sus creaciones algo de excesivo, marcaba sus papeles con cierta huella que no se borraba y que hacía difícilísimos para los demás actores los papeles que ellos estrenaban. Preguntad, si no, á Got, que es un perfecto artista, cuánto trabajo le costó hacer el personaje del tío Poirier, creado hace cuarenta años por el actor del Gimnasio. Cuando Lesueur trabajaba en una obra, el autor podía decir que, aun ocurriendo un fracaso, se salvaría del naufragio el papel de Lesueur.

¿Quién se acordaría ya de *Los locos*, de Eduardo Plouvier, si no hubiera hecho él aquel bebedor de ajeno? ¡Qué hermoso estaba delante de su copa, con los labios húmedos y temblorosos, levantando la botella, que temblaba en su mano, y destilando gota á gota el veneno verde, cuyos efectos seguía el público sobre sus facciones lívidas y embrutecidas!

Véase en ellas primero una bocanada de calor, una convulsión de la vida en aquel esqueleto secado por el alcohol; un poco de sangre acudía á sus mejillas;

un relámpago brillaba en sus ojos; pero en seguida la mirada volvía á ser vidriosa, y el labio superior aparecía nuevamente caído.

Mímico maravilloso, conocía á fondo la maquinaria, los hilos ocultos de la pobre marioneta humana, y los manejaba con una destreza y una precisión admirables. Cuando lloraba, lloraba todo en él; las manos y los hombros. Recordad la manera cómo, en *El sombrero de un relojero*, desataba aquéllas piernas que se precipitaban, se multiplicaban como si hubiese tenido diez, veinte, treinta pares de piernas: una verdadera visión de giróscopo. ¡Y qué poema en su mirada cuando despertaba en *la partida de piquet!*... ¡Ah Lesueur! ¡Lesueur!...



FÉLIX

¡Qué figura más extraña la del tal Félix! Al escribir su nombre acaba de aparecerseme, fatuo y palurdo, con el ojo redondo, la frente aplastada, cuadrada,

testaruda, siempre haciendo esfuerzos para comprender; un hombre excelente, pero de una tontería, de una vanidad, que ni un pavo.

Es preciso haber trabajado con él, ensayado una obra, para comprenderlo. En primer lugar, y en seguida que se leía el libro en el saloncillo de autores, Félix subía al despacho del director para devolverle el papel que se le acababa de repartir, porque no le convenía. Todos los de la obra le parecían buenos menos aquél.

Difícil le hubiera sido decir por qué. No: era una manía, una necesidad de hacerse rogar, de hacer que los autores fuesen al cuarto piso de la calle de Geoffroy María, en aquella casita provinciana, muy limpita, muy arregladita, que cualquiera hubiese tomado por vivienda de canónigo ó de arcipreste, á no ser por la innumerable cantidad de retratos, de medallones, de fotografías que recordaban al artista cada una de sus creaciones.

No había más remedio que sentarse, que tomar una copita de *cualquier cosa*

dulce y tratar de doblegar á fuerza de elocuencia, de cumplimientos, de piropos, aquella exasperante coquetería. En



aquella primera visita Félix no se comprometía nunca, no prometía nada. Ya vería, ya reflexionaría. Algunas veces, cuando tenía muchas ganas de hacer el

papel, decía con cierto aire displicente: «Déjeme usted la obra... La volveré á leer.»

¡Y sabe Dios lo que el pöbre hombre aquél sacaría en claro!

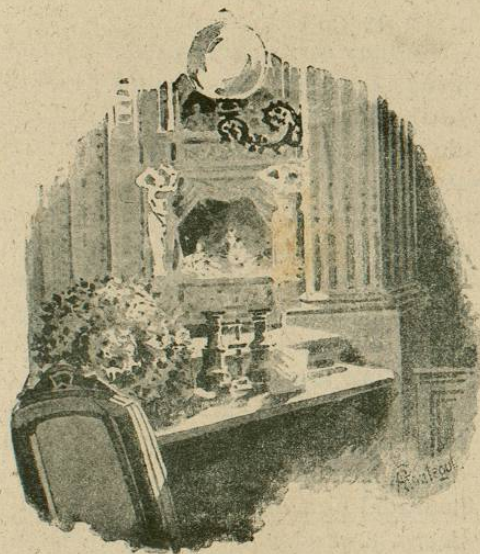
Pasaban ocho días, quince, y el manuscrito continuaba en su poder, sin que él hablase una palabra del asunto; en el teatro se cuchicheaba: «Trabajará, no trabajaré.»

Hasta que, cansado de esperar, de verlo todo sometido al capricho de uno solo, se disponía el autor á enviar al diablo el gran actor; entonces se presentaba él en los ensayos, dispuesto, sonriente, sabiéndose de memoria el papel y llenando la escena con sólo presentarse en las tablas.

Pero no por eso habían concluído sus caprichos, y hasta el día del estreno había que sufrir mil sorpresas y sacudimientos. Aquel día, es verdad, el talento incomparable de aquel artista singular, que se transfiguraba á la luz de las candilejas; sus efectos inconscientes, pero siempre seguros, siempre comprendidos; su influencia irresistible so-

bre el público, lo indemnizaban á uno plenamente de tantas molestias y disgustos.





LA SEÑORA ARNOULD-PLESSY

¿La habéis visto haciendo *Enriqueta Maréchal*? ¿La recordáis delante de aquel espejo, lanzando una larga mirada de desesperación á aquel confidente mudo é implacable, y diciendo con entonación desgarradora: «¡Oh! ¡Ahora sí que tengo edad?»

Los que se lo oyeron decir no la podrán olvidar jamás. ¡Era tan profundo, tan humano! ¡Sólo en esa media docena de palabras, acentuadas lentamente, cayendo una detrás de otra como las notas de un toque de agonía, encerraba tantas cosas aquella actriz! El pesar de la juventud perdida, la desesperada angustia de la mujer que comprende que se acaba su reinado si de buen grado no abdica, porque la vejez vendrá, y con un garrapato suyo en la cara le firmará su destronamiento. ¡Qué minuto más terrible es ése, hasta para la más fuerte y la más honrada! Equivale eso á un súbito destierro, á un cambio de clima, y la sorpresa que ha de producir una atmósfera helada á quien estaba acostumbrado á ese aire embalsamado y suave, lleno de murmullos halagadores y de apasionadas adulaciones que rodea la belleza de la mujer en los albores de la edad.

Para la actriz la catástrofe es todavía más cruel. En ella la coquetería aumenta y se exaspera por el deseo de gloria. Por eso la mayor parte de las actrices no quieren dejar de ser hermosas nun-

ca; no tienen el valor de ponerse delante de un espejo y decirse: «¡Ya soy vieja!» Esas son verdaderamente dignas de compasión. Por más que luchan, por más que se agarran desesperadamente á los ajados restos de su corona caída, ven que el público se aleja de ellas, que la admiración es reemplazada por la indulgencia, después por la compasión, y, lo que es más terrible aún, por la indiferencia.

Gracias á su talento, gracias á su altivez, la grande y animosa Arnould-Plessy no ha esperado á ese momento desolador. Contando todavía con algunos años, ha preferido desaparecer en el pleno período de su gloria, como uno de esos hermosos soles de Octubre que se hunden en el horizonte bruscamente, mejor que arrastrar su agonía luminosa en un vago y lento crepúsculo. Su reputación habrá ganado con ello; pero nosotros habremos perdido los buenos ratos que aún nos podía haber proporcionado en el teatro. Con ella se fué Marivaux y el encanto de su arte maravilloso, de aquella frase tornasolada como las mariposas, que tienen

la caprichosa amplitud de su abanico abriendo sus varillas á la luz.

Todas sus bellas heroínas, que se llaman como las princesas de Shakespeare y que tienen algo de su etérea elegancia, han pasado á la historia; se las evoca y no aparecen. Se han acabado también sus preciosas galas de ingenio y de dicción, sus parlamentos algo amanerados, un tanto alambicados, pero tan franceses cual los escribió Musset; encantadoras niñerías que apoyan en una mesita de costura el codo adornado de encajes y todos los sonrientes caprichos de la ociosidad amorosa.

Todo eso ha muerto; ya no hay quien sepa charlar y hacerse hacer el amor en el teatro. Todo eso es una tradición perdida desde que la Arnould-Plessy se ha retirado de la escena.

Y luego, al lado de la artista estudiosa y metódica, de la fiel intérprete de las tradiciones del arte francés, había en aquella excelente actriz un talento natural y observador, ya cuando se dedicaba á las grandes creaciones trágicas, como la *Agripina*, que representaba de

una manera tan vigorosa, más bien según Suetonio que según Racine, ya cuando creaba, en plena vida moderna, en pleno arte realista, la *Nany* del drama de Meilhac, lugareña ignorante y madre apasionada.

Recuerdo, sobre todo, una escena en la cual, para expresar los mil sentimientos confusos que unos con otros chocaban en su alma ambiciosa y celosa, *Nany*, inculta, torpe, que buscaba las palabras, tenía un acceso de rabia contra sí misma y arañaba y hería á golpes su propio pecho: «¡Ah, lugareña, lugareña!»...



La actriz, al hacer esa exclamación, conmovía á todo el teatro. Observad que gritos semejantes, movimientos de tanta realidad como ése, no los dan ni la tradición ni la buena escuela, sino el estudio prolongado, la observación y el sentimiento de la vida.

¿No es un triunfo hermosísimo, no es

prueba de un admirable poder de creación que un drama que fracasó como *Nany*, puesto en escena apenas ocho ó diez veces, quede para siempre fijo en el ánimo y en los ojos de los que lo vieron, porque la Arnould-Plessy interpretase el papel de protagonista de la obra?



ADOLFO DUPUIS

Adolfo Dupuis es hijo de Rosa Dupuis, socia de la Comedia Francesa, retirada de la escena desde 1835, la cual ha muerto hace pocos años. A pesar de su talento, muy real, y de éxitos noblemente conquistados al lado de la señorita Mars, aquella mujer excelente tenía horror á su antiguo oficio; y cuando al salir del colegio de Chaptal, donde había estudiado, con muy mediano aprovechamien-